

El regreso de Diógenes

Humberto Giannini Iñiguez

Universidad de Santiago (Chile)

Pablo Oyarzún, *El dedo de Diógenes*.

(Santiago de Chile, ediciones Dolmen, 1997)

Hay dos “géneros literarios” que merecen una especial atención por el modo de guiar la mente de los que escuchan hacia aquello sobre lo cual se está hablando. Uno de ellos es la parábola, que a través de un ejemplo muy simple tomado de la vida diaria pone al alcance público un determinado saber, por lo general ético. El otro, la anécdota, cuya virtud más propia es mostrar (públicamente) “el revés” del saber público. El primero de ellos recurre a lo concreto e inmediato para hacer comprensible el sentido, la norma; el segundo, recurre a lo concreto e inmediato para poner en vilo el sentido de la norma, para remecer lo normal.

Ahora, si llamamos normal a lo que es siempre (o el mayor número de veces), la filosofía representará, entonces, la más exigente y ambiciosa búsqueda de la normalidad; búsqueda universal, sin excepciones ni márgenes. Y la anécdota –revés de lo que es normal, de lo que es siempre– será el mayor de los peligros para aquélla.

Parece, pues, ser de imperativo filosófico apropiarse del ser de la anécdota. Explicarla –tal vez en una “filosofía de la anécdota”–, normalizarla. Tal sería la actitud más “normal” de un filósofo. Pero existe también la actitud anómala: dejar la anécdota fuera de la filosofía, dejar libre esa prodigiosa capacidad suya de poner permanentemente en vilo el pensamiento, de hacerlo caer en perplejidades, de estremecerlos desde sus raíces. Esta última es, me parece, la posición –original y provocativa, como puede advertirse– que adopta Pablo Oyarzún en su última obra, *El dedo de Diógenes*.

Sabemos que Antístenes y Diógenes de Sínope fueron la pesadilla de intelectuales y políticos en la Atenas post-socrática. “Fobósofos” en apariencia, los cínicos eran, sin duda, filósofos. Pusieron casi todo el saber filosófico en entredicho, y en su estilo anecdótico lo hicieron soberanamente, como lo muestra la obra que comentamos.

El significado del término “cínico” (en griego, “de condición perruna”) ha venido cambiando con los siglos. Para nosotros, “cinismo” es lo que está entre la

hipocresía, que lo disimula todo, y la desvergüenza, que lo muestra todo. O, también, es el lado intelectual de la hipocresía –su aspecto irónico–, puesto que deja entrever el mal que le complace, negándolo sólo de palabra.

El hecho es que el cinismo primitivo, el cinismo filosófico de Antístenes o el de Diógenes, ya en Grecia perdió su singular batalla contra la normalidad establecida. Hasta tal punto que ésta habría terminado por imponer su propia versión menoscabada del cinismo, que es la que ha llegado hasta nosotros.

Entonces, los cínicos, los diógenes, como los llama Oyarzún, se dispersaron por el mundo, conforme, por lo demás, a su vocación perruna. Y aún se les puede encontrar por los caminos, o en las calles... o, al anochecer, rebuscando en uno mismo. Oyarzún, significativamente, emprende y marca su obra con la narración de una experiencia personal de tal encuentro: (“...Supongo que a alguien pudiera interesarle saber de dónde ha salido la idea de hacer este libro...”) (pp. 17-19).

¿Cómo reconocer a estos diógenes, por decirlo así, indomiciliados, errabundos? Acaso éste sea un indicio cierto: su errancia en relación con lo establecido y lo habitual. Un diógenes no está, no habita. Llega, irrumpe, se va.

Dentro de las muchas entradas posibles al libro de Oyarzún –no se dirá lo mismo a “la salida”– elegiré ésta en que nos encontramos: la imagen de la irrupción, que aparece desde las primeras páginas de la obra. (Hay además, un capítulo titulado “La clase, la interrupción”, pág. 26).

Interrupción es un modo de aparecer sin hacerse anunciar, en medio de algo que lleva –tal vez cansinamente– su propio curso o que marcha sobre los rieles de un discurso consabido. Llega, interrumpe, podría valer la imagen, como Alcibíades, borracho y acompañado de músicos y bailarinas, en medio del banquete filosófico organizado por Agatón; trastornándolo todo. Lo que quiero decir es que ésta o cualquier interrupción es sustancialmente provocativa.

Sin embargo, lo que resulta extraordinario en este caso es que no se trata de cualquier modo de interrupción (un alboroto, como el de Alcibíades, un chiflido, una grosería) sino de un modo filosófico de interrumpir el diálogo filosófico, un modo filosófico de desconcertarlo o, en el lenguaje del autor, de “desmontarlo”. Este modo es la anécdota.

En general, ¿qué es una anécdota? También aquí son múltiples las entradas posibles a los análisis concéntricos y sabrosísimos que realiza en profundidad el autor. Entremos, pues, por una ruta que se nos está haciendo familiar: se puede decir que la anécdota es “un hecho insumiso” (pág. 97) a la pretensión de universalidad y de normalidad; por tanto, insumiso al acatamiento a que llama lo establecido, el discurso público y la ley. Un hecho que está allí, íntegro; irrefutable a tal punto que cabe señalarlo con el dedo –“El dedo de Diógenes”– en el más económico y directo de los discursos posibles. En la anécdota, hecho y signo,

acontecimiento y palabra, tienen, como dice el autor, “una distancia cero”. Y es en tanto hecho insumiso que constituye una provocación para quien cree poseer el poder de la verdad o la verdad ostentosa del poder.

Provocativa, por ejemplo, la historieta del encuentro de Diógenes y Platón: habiendo oído decir que este último definía al ser humano como “animal bípedo implume”, Diógenes lo espera a la salida de la Academia y le lanza a los pies un gallo que recién ha desplumado, acompañando sus gestos con estas palabras: “Este es el hombre de Platón” (Anécd. 40). En este hecho –comenta Oyarzún– el hombre de Platón es puesto al desnudo, en el desamparado pollo de Diógenes, como cuerpo de la insignificancia” (pág. 295).

Hay otra anécdota, famosa, en la que lo que se interrumpe no es esta vez el discurso filosófico sino el poder en su máxima ejercitación: el poder de Alejandro (Anécd. 38). Se asoleaba una vez en el Cranio, y Alejandro se paró ante él y le dijo: “Pide lo que quieras”. Y él respondió: “No me hagas sombra”.

¿No es ésta una respuesta esencialmente provocativa? Hechos insumisos, como los que estamos recordando, son más –muchísimo más– que contratiempos en el camino. Son la revelación de algo que da vuelta, que transgrede todos los valores por los que medimos las cosas y la conducta humana. El revés de ellas, en palabras del autor.

En efecto, el sol –lo natural– ¿acaso pueda dármele el gran rey? La anécdota revela entre otras cosas que el poder de Alejandro sólo puede hacer sombra al disfrute fácil y directo de la naturaleza. Se trata de un hecho radicalmente insumiso. E insignificante, además, como respuesta al ofrecimiento del poderoso. Esta es, pues, la gran paradoja: lo insignificante, es capaz de disolver aquello que parecía más digno de ser significado, dicho, realizado.

Hay un párrafo realmente magistral de Oyarzún que expresa la operosidad de las insignificancias. No puedo dejar de consignarlo:

“Un obstáculo, un escollo, quizá. No una roca, sino mejor un pedrusco, una arenilla, un cuesco: nimiedad en que debe naufragar y hacerse trizas la Historia; a menos que lo que al fin de cuentas pase, sea que ésta se promueve tácitamente a partir de tales migajas: las anécdotas no serían sino las trizas, las tiras, de la Historia (por eso mismo, su reverso).” (pág. 171)

Una nimiedad que interrumpe y quiebra la sensación de estar participando de algo grande, admirable. (Recuerdos de una película: un levantador de pesas en el momento de máxima tensión... el público, extasiado reteniendo el aliento... Entonces irrumpen el payaso y, desde el otro extremo de la arena, le grita al atleta concentrado en el esfuerzo: “Zampanó, te llaman por teléfono”).

El contraste hace reír. Bergson describió, hace más o menos un siglo, lo que él llamaba la esencia de lo cómico: lo mecánico, el automatismo, lo rutinario, lo que repentinamente se nos revela detrás de lo solemne, de lo que produce admiración hasta suspender el aliento.

Por su parte, Enrico Castelli pensaba que la calificación peyorativa de “insignificante” la impone lo que denominaba “técnica del día”, es decir, una luz que amplifica las cosas y las vuelve espectáculo; o que realzando ciertos modos de ser minimiza otros, que son relegados a la oscuridad: las voces en sordina de la intimidad propia, los murmullos, el silencio.

Ahora, la obra de Oyarzún hace percibir de un modo excepcionalmente bello y sólido cómo el anecdotario de Diógenes, con sus gestos oportunamente insignificantes, desmonta lo que el poder extensivo de la palabra (la palabra que generaliza) o un poder político o social restrictivos, declaraban o establecían como verdadero.

El acontecer que interrumpe con impertinencia el curso normal de las cosas, falsifica así el saber acerca del ser. Pero no como lo hace una teoría, que al mostrar la falsedad de algo, deja el terreno despejado para construir allí mismo una nueva versión de las cosas, una nueva apropiación de la verdad. Es al impulso generalizador mismo al que falsifica, al que “desmonta”, dejando la verdad al desnudo, esto es: sin discurso, como anécdota.

La radicalidad de la tesis de Oyarzún –y el aprieto mayúsculo en que pone a la filosofía– consiste en mostrar con precisión analítico-anecdótica –de modo brillante, también– aquello que la filosofía no puede dejar de considerar como límite insuperable de sí. Lo que siempre debe darle qué pensar.

Personalmente, en aspectos decisivos me siento muy próximo a este pensamiento, sobre todo en su intento rehabilitador de la contingencia y de las marginalidades, de lo inopinado y lo insignificante a la luz (artificial) de “la técnica del día”. Percibo en estas páginas una renovación espiritual de la filosofía, y percibo fuerza, frescura, belleza. Pero, no todo es, sin embargo, alegre recepción. Hay algo que, en verdad, me inquieta. Y es el modo en el que la anécdota es irrupción. Irrumpe, interrumpe, decíamos, el discurso filosófico, Pero –hay que decirlo– también lo saca de quicio. Rompe su inspiración filosófica, la quiebra.

Esto es semejante –y Oyarzún es el primero en reconocer la analogía– a lo que pasa con el chiste. El chiste tiene una eficacia disolutoria tremenda. Descoloca a los actores en el momento del conflicto. Los dispersa. Al irrumpir en medio de la gravedad del discurso, la anécdota tiene la virtud de descolocarlo. Más exactamente: de quebrarlo. Estrategia de una voluntad –o de una sensación– de término. Después de lo cual no quedaría más que el silencio o el volverse cada cual a su casa o a su tonel.

Digo, mi inquietud –no mi objeción, porque las consecuencias personales de esta lectura no están terminadas– es que la anécdota –y en un tono bastante menor, el chiste, el chascarro, por el hecho de actuar a tal profundidad– hacen difícil la recuperación, la reconstrucción anímica de aquello convocado por un discurso común. (¿De qué hablábamos? ¿En qué quedamos?).

El problema, la inquietud, es, pues, cómo recuperar el discurso perdido. En nuestro caso, cómo volver a congregarse filosóficamente lo que la anécdota ha dispersado. Cómo atravesar, sin naufragios múltiples, el trecho que va de una anécdota a otra.